

Independencia y globalización

El partido gobernante decidió este año revivir sus orígenes nacionalistas y celebrar por todo lo alto la independencia patria. Este 15 de septiembre, para muchos, sería sólo un aniversario más. Para ARENA, era una fecha para *la nostalgia*. Era asimismo una buena ocasión para tratar de recuperar el pulso de la población. A un año de la próxima campaña electoral, el partido en el gobierno quería probablemente probar su capacidad para movilizar muchedumbres. Así, como si de un primer ensayo pre-electoral se tratara, la máquina propagandística conjunta de ARENA y del aparato estatal se puso a funcionar. No se quería desperdiciar la ocasión para reavivar el discurso nacionalista, agitar las banderitas y recordar la gesta de los próceres. Escasas dos semanas después, se repetiría el mismo lenguaje de imágenes en la convención arenera: globos y banderitas tricolores por todos lados, mucho discurso vibrante y mucho himno. En pantalla de vídeo gigante, la figura del fundador, D'Aubuisson, convertido por la propaganda arenera en algo así como un prócer de nuestro siglo. El 15 de septiembre servía entonces de entremés al anuncio de la campaña "Victoria mayor 97", con la que ARENA promete almorzarse a la oposición en la próxima contienda electoral.

La ocasión servía también para rescatar del pasado reciente una tradición con claro *sabor militarista*. No puede considerarse propiamente educativo para la vida democrática el que las jóvenes generaciones deban marchar a golpe de tambor y aprendan a desfilar con paso marcial.

Como en los mejores tiempos de la dictadura, los desfiles colegiales fueron acompañados con estruendo de bandas de guerra, acrobacias aéreas de aviones militares y exhibición de paracaidistas del ejército. Hay un transfondo ideológico en ello. Sin embargo, si la población es atraída y disfruta es por lo que de espectáculo hay en todo eso. Por ello mismo, el *show* se lo robaban los pases de baile y el atrevido contoneo —que dudosamente podría considerarse patriótico— de las guapas jovencitas de los diversos planteles educativos. Ellas eran las que acaparaban la atención y los comentarios —inspirados no siempre en los ensalzados valores cívicos— de la masa espectadora. Al parecer, los símbolos patrios no pueden competir ante unas bonitas piernas. Pese a la pompa y la solemnidad de los discursos oficiales, la fiesta cívica agarró así un irresistible toque bullanguero. La celebración independentista, debe reconocerse, se ha ido convirtiendo en *un carnaval*.

La degradación del espíritu de las llamadas "fiestas patrias" es ya, probablemente, algo irremediable. Difícilmente podría ARENA frenar dicha tendencia. Además, también el alma ultranacionalista de este partido ha entrado en decadencia. Le queda la nostalgia y poca cosa más. La voz y el gesto rabiosos de su líder perpetuo enlatados en el vídeo, las estrofas virulentas del himno, con su necrológica referencia a que la patria sea una tumba ("donde los rojos terminarán"), o el lema "primero El Salvador", no bastan al momento de atenuar *la contradicción ideológica de ARENA*. Partido "de clase" —más que ningún otro partido

en el país, incluidos los marxistas— identificado absolutamente con los intereses y el sentir de los propietarios, ha asumido lógicamente la ideología neoliberal como propia. Ello implica que ARENA queda enfrentada consigo misma, tensionada entre el discurso ultranacionalista de sus orígenes, que mantiene su propia inercia, y el discurso neoliberal, que impone su propia ley desde las responsabilidades de gobierno.

El empeño por la independencia *nacional* resulta negado, en la práctica y también en la ideología, por la consigna neoliberal de inserción al proceso *internacional* de la globalización. Esta doble vocación, dada la incompatibilidad básica de sus componentes, hace que la ideología actual de ARENA sea esencialmente dual y ambigua. Se quisiera mantener el patriotismo retórico —simple emoción y puro sentimiento— por su capacidad potencial de arrastre de masas. Pero las exigencias del programa político y de justificación ideológica del mismo, imponen introducir en el discurso oficial el tema de la globalización. El ardoroso verbo ultranacionalista se enfría con el contacto gélido del concepto global. La frialdad de una política centrada en el interés económico no puede sino congelar el discurso arenero, que en vano busca atemperarse con un patriotismo meramente verbal. Es un discurso que suena falso. Un discurso que no precisa de refutación, porque *se refuta a sí mismo*.

La globalización exhibe la extrema “volubilidad” del capital. Va adonde lo llama el interés. *El capital no tiene patria*. Por eso, el partido del capital carece también de ella. De ahí que pretenda cosas tan antipatrióticas como convertir a la nación “en una sola gran zona franca”. O que ponga en venta, al mejor postor, recursos y empresas que son estratégicos para el desarrollo del país. Por lo mismo, se humilla ante el imperio todas las veces que haga falta o proclama como un éxito cada nuevo préstamo o crédito internacional, que viene a endeudar aún más a la patria. El patriotismo se mira entonces como “pasado de moda”, incompatible con la “modernización” e indigerible por la “globalización”. Asistimos a *la muerte del patriotismo*. Lo mata la globalización. El neoliberalismo de ARENA lo ha asesinado. El

auténtico patriotismo, así como el verdadero nacionalismo, no puede ser sino *antiimperialista*.

El rescate de la dignidad nacional así como la defensa de los intereses nacionales sólo puede esperarse por la acción de “los de abajo”. El patriotismo únicamente puede revivir su autenticidad por aquéllos que, paradójicamente, se aferran a “la tierra de nuestros padres”, aunque en verdad no poseen tierra alguna, de quienes no pueden renunciar a la idea de la patria, justamente porque es lo único que tienen, dado que están privados totalmente de patrimonio. Ante el patrioterismo interesado de aquéllos que se apropiaron privadamente de la patria, hay el patriotismo idealizado de quienes tienen patria sin poseer patrimonio. Sólo estos últimos tienen la autenticidad del sentimiento. Solamente en ellos cobran vida la patria y la nación, como una esperanza colectiva de futuro.

Desdichadamente, hoy por hoy en nuestro país, quien levanta la bandera nacionalista y patriótica



es el partido político que menor interés o voluntad real de defender la patria y la nación tiene. La oposición tiende a mirarla con sospecha, como si sólo le cupiera un contenido reaccionario. No hay en el momento fuerza política alguna que vincule el nacionalismo con el antiimperialismo. Ni siquiera la que se empeñó por más de una década en una guerra librada a nombre de "la liberación nacional". Se le regala la bandera a ARENA en vez de entrar a disputársela. A pesar de que el nacionalismo puede ser altamente movilizador en lo subjetivo y profusamente fundado en las condiciones objetivas, dada la humillación y dependencia a que está sometido el país. Pareciera que se tiene miedo a la coincidencia con el partido gobernante. Pero, en cambio, se coincide sin mayor problema con ARENA en el tema donde debería haber denuncia, debate y propuestas alternativas: la globalización.

La "globalización" ha pasado a ser un término de moda. La ideología neoliberal, hegemónica en el mundo, ha conseguido un notable éxito en la difusión y aceptación casi generalizadas de la mencionada palabrita. Tras ella se escuda para mejor impulsar sus novísimas políticas neo-imperiales: promover la creación de zonas "de libre comercio", conseguir la desprotección aún mayor de las economías nacionales de los países pobres y defender su dogmática doctrina del "libre mercado". Poco importa, al parecer, que sus propios impulsores se cuiden mucho de aplicarse a sí mismos tales recetas. Es, más bien, al contrario: Europa, Japón y Estados Unidos mantienen políticas fuertemente proteccionistas, mientras se preparan para escalar la guerra comercial entre ellas. Mientras tanto, nos inundan de mercancías, capitales especulativos y plantas maquiladoras de quita y pon. "Abrir la economía", "suprimir los aranceles" o "insertarse en la globalización" son solamente, por tanto, productos del mundo desarrollado para la exportación. Son fórmulas para ser aplicadas por las naciones que dependen de los préstamos del exterior y que aceptan estar sometidas al dictado del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

Lo único realmente novedoso de la globalización es el uso ideológico del concepto y el

haberlo fijado propagandísticamente en dicho vocablo. Existe "economía mundial" al menos desde inicios del siglo pasado, cuando se configuró plenamente el mercado mundial y las formas primeras de división internacional del trabajo. Dicho fenómeno había sido tempranamente analizado por los fundadores de la economía clásica burguesa, Adam Smith y David Ricardo, y más tarde por sus críticos, Carlos Marx y Federico Engels. El proceso de internacionalización creciente de la economía reflejaba, según sus análisis, la contradicción del sistema capitalista. De un lado, una mayor productividad y racionalización del proceso productivo a escala mundial, por el otro, la creciente irracionalidad por la acción de los grandes monopolios que pasan a dominarlo y en los que se concentra el capital financiero del mundo. La verificación de dicha visión de futuro se ha alcanzado palmariamente en el siglo actual que, lejos de refutar, ha confirmado esas tesis básicas. En nuestro siglo dicha tendencia contradictoria ha estado a la base de dos conflagraciones mundiales, más de cuatro décadas de guerra fría y un sinnúmero de conflictos bélicos en el tercer mundo. Los signos de nuevas tensiones y de "guerra económica" entre grandes potencias señalan lo agudo de esta contradicción de la economía capitalista. Por una parte, ésta no puede renunciar a su base nacional-estatal, pero por la otra, se sigue expandiendo internacionalmente por sobre los estrechos marcos fronterizos que la burguesía misma generó al edificar modernamente el Estado-nación.

El capital no tiene patria, pero el capitalista debe contar en sus cálculos con la legislación de los países, la estabilidad y la convertibilidad de sus monedas, los niveles salariales y la protección social de la mano de obra, la cualificación laboral de la misma, la estabilidad de los regímenes políticos, etc. La realidad nacional y estatal sigue siendo real, al tiempo que las mercancías inundan los mercados nacionales, superando fronteras y los capitales fluyen por sobre cualquier barrera estatal. Esa es la verdad caótica de la llamada globalización. Es un fenómeno que puede y debe ser regulado y ante el que hacen falta estrategias nacionales y legislaciones estatales. Nos quieren

hacer creer que el Estado nada puede frente a la globalización, cuando, en la realidad, las grandes potencias manipulan sobre estas tendencias internacionales con un sinnúmero de medidas estatales. Por un lado, la globalización aparece como una realidad económica en forma de tendencia irresistible; por el otro, es una política de los estados del mundo desarrollado y de los gigantescos emporios transnacionales.

Así como se le ha criticado a cierto marxismo el que, no sólo afirme la realidad histórica de la lucha de clases, sino que se pronuncie a favor de ella, que la promueva y aliente, asimismo debe señalarse como una opción ideológica la de quienes no se limitan a constatar la realidad de la globalización, sino que se muestran partidarios de ella. Hay varias formas de enfrentar o comportarse frente a la globalización, igual que hay diversas maneras de operar sobre la realidad de la lucha de clases. Quienes claman por manejar el diálogo, la negociación y el consenso frente a la conflictividad social y otros fenómenos de la lucha de clases, olvidan a menudo que estos mismos métodos deberían reclamarse ante el hecho global. Se pretende falazmente que no hay otra opción que aceptar sin más el dictado del exterior, ante el pretendido fatalismo globalizador, como si la historia fuera una suerte de tendido ferroviario con un carril único. Con esta visión lo que están haciendo es llevar al país a una vía muerta. Pensar opciones alternativas se ha vuelto ahora *una responsabilidad nacional y un deber patriótico*.

La perspectiva alternativa que puede y debe ofrecerse es la de un mundo convertido efectivamente en un solo mundo. Ello implica un nuevo orden económico internacional, que busque superar el abismo que separa al primer mundo del tercero. También supone desarrollar una verdadera democratización del organismo de Naciones Unidas —hoy en manos del veto caprichoso de las cinco potencias que monopolizan el control perpetuo del Consejo de Seguridad— y poner efectivamente bajo el control de Naciones Unidas organizaciones financieras como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. No debe permitirse que estos instrumentos del gran capital internacional dicten políticas económicas a



los países pobres, impongan inhumanas estrategias de ajuste estructural, determinen cargas impositivas como el impuesto al valor agregado o se entrometan incluso en temas como las tarifas eléctricas o las del servicio de agua potable. Globalización debe traducirse en redes internacionales de acción sindical o cooperativa, en intercambios fructíferos de propuestas e iniciativas no gubernamentales, en acciones conjuntas para la defensa del medio ambiente, de la mujer y la infancia, de las minorías étnicas y religiosas. Potenciar todo lo que de positivo puede ofrecer la globalización y contrarrestar, en forma global, todo lo que de negativo y deshumanizador comporta. Esa debería ser la actitud y ése es *el reto para la oposición*, sea ésta parlamentaria o extraparlamentaria.

La perspectiva humana que ofrece la globalización del norte y de las transnacionales es la "aldea global" que planteó Mc Luhan en la década de los sesenta. En ella impera la manipulación cultural e informativa desde el control oligopólico de canales de televisión y emisoras de radio, así como de la gran prensa escrita. Frente al "aldeano manipulado" de la globalización oficial cabe enfrentar una concepción alternativa del "hombre

global". Este debe ser concebido como el hombre de mundo, cosmopolita. El hombre del mundo global ha de constituir un ser humano integral. Implica horizontes abiertos y mentalidad no dogmática, tolerancia, creatividad, insumisión. Al igual que sólo tiene sentido considerar nación independiente a la compuesta por personas independientes, así también la perspectiva globalizadora deberá significar la globalidad de un humanismo real, realista y realizable. Se requerirá que la globalización humana se enfrente y derrote a la globalización mercantil, de la finanza y el interés apátrida. Se requerirá que la integración en la "patria grande" —centroamericana y latinoamericana— enfrente y derrote la integración imperial del tratado de libre comercio y de otras trampas "Made in USA". El patriotismo y el

nacionalismo de lo propio, no es obstáculo, sino *base y fundamento* de integración al mundo. Esta no debe ser pasiva y conformista, sino que debe buscar cambiarlo, para transformar asimismo la esquina del planeta que hoy llamamos "nuestra patria en construcción", nuestro "proyecto de nación". Desde esa orientación podrá tener sentido esperar que el actual carnaval del quince de septiembre, se convierta en una verdadera celebración. Habrá que asumir lo que hemos sido y, sobre todo, lo que aspiramos llegar a ser, como salvadoreños y como seres humanos, conciudadanos todos de este globo azul llamado tierra.

R. R.

